

Dashiell Hammett

# El halcón maltés



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Maltese Falcon* (esta obra fue publicada por primera vez en Estados Unidos en forma de libro por Alfred A. Knopf, Inc.)  
Traducción de Fernando Calleja

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1969  
Tercera edición: 2014  
Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alfred A. Knopf, Inc. 1929, 1930; renovado en 1957 por Dashiell Hammett.  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1969, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-8473-4  
Depósito legal: M. 5.825-2014  
Composición: Grupo Anaya  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	1. Spade y Archer
22	2. Muerte en la niebla
40	3. Tres mujeres
51	4. El pájaro negro
69	5. El hombre de los Balcanes
79	6. El espía de bolsillo
92	7. Una G en el aire
109	8. Cuentos chinos
121	9. Brigid
132	10. El diván del Belvedere
148	11. El hombre gordo
163	12. El tiovivo
176	13. El regalo del emperador
190	14. La Paloma
202	15. Todos los locos
217	16. El tercer asesinato
231	17. La noche del sábado
247	18. La cabeza de turco
270	19. La mano del ruso
297	20. Si te ahorcan



*A Jose*



# 1. Spade y Archer

Samuel Spade tenía larga y huesuda la quijada inferior, y la barbilla era una V protuberante bajo la V más flexible de la boca. Las aletas de la nariz retrocedían en curva para formar una V más pequeña. Los ojos, horizontales, eran de un gris amarillento. El tema de la V lo recogía la abultada sobreceja que destacaba en medio de un doble pliegue por encima de la nariz gan-chuda, y el pelo, castaño claro, arrancaba de sienes altas y aplastadas para terminar en un pico sobre la frente. Spade tenía el simpático aspecto de un Satanás rubio.

—¿Sí, cariño? —le dijo a Effie Perine.

Era una muchacha larguirucha y tostada por el sol. El vestido de fina lana se le ceñía dando la impresión de estar mojado. Los ojos, castaños y traviosos, brillaban en una cara luminosa de muchacho. Acabó de cerrar la puerta tras de sí, se apoyó en ella y dijo:

–Ahí fuera hay una chica que te quiere ver. Se llama Wonderly.

–¿Cliente?

–Supongo. En cualquier caso, querrás verla. Es un bombón.

–Adentro con ella, amor mío –dijo Spade–, ¡adentro!

Effie volvió a abrir la puerta y salió al primer despacho, conservando una mano sobre la bola de la puerta, en tanto que decía:

–¿Quiere usted pasar, Miss Wonderly?

Una voz dijo «gracias» tan quedamente que sólo una perfecta articulación hizo inteligible la palabra, y una mujer joven pasó por la puerta. Avanzó despacio, como tanteando el piso, mirando a Spade con ojos del color del cobalto, a la vez tímidos y penetrantes.

Era alta, cimbreña, sin un solo ángulo. Se mantenía derecha y era alta de pecho. Iba vestida en dos tonos de azul, elegidos pensando en los ojos. El pelo que asomaba por debajo del sombrero azul era de color rojo oscuro, y los llenos labios, de un rojo más encendido. A través de su sonrisa brillaba la blancura de los dientes.

Spade se levantó, saludó inclinándose y señaló con la mano de gruesos dedos el sillón de roble junto a la mesa. Era alto, al menos de seis pies de estatura. El fuerte declive redondeado de los hombros hacía que su cuerpo pareciera casi cónico –no más ancho que gordo– e impedía que la americana recién planchada le sentara bien.

–Gracias –dijo la muchacha en un murmullo, antes de sentarse en el borde de madera del sillón.

Spade se dejó caer en su sillón giratorio y le hizo dar un cuarto de vuelta para quedar de frente a la muchacha,

sonriendo cortésmente. Sonreía sin separar los labios. Todas las uves de su rostro se hicieron más largas.

El ruidillo del tecleo, el débil retینگlar del timbre y el apagado rumor del carro de la máquina de escribir de Effie llegaban a través de la puerta cerrada. En alguna oficina cercana vibraba sordamente el motor de una máquina. Sobre la mesa de Spade humeaba un cigarrillo en un cenicero colmado de flácidas colillas. El tablero amarillo de la mesa, el secante verde y los papeles que sobre él había estaban espolvoreados de copos grises de ceniza. Una ventana con cortinas color garbanzo, entreabierta unas ocho o diez pulgadas, dejaba entrar del patio un aire que olía a amoníaco. Los copos de ceniza temblaban y se arrasaban lentamente sobre la mesa en la corriente.

Miss Wonderly contempló los copos grises estremecerse y reptar. Sus ojos estaban intranquilos. Permanecía sentada sobre el borde del sillón. Los pies, apoyados de plano sobre el suelo, daban la sensación de que estaba a punto de levantarse. Las manos, calzadas de guantes oscuros, se apretaban sobre un bolso oscuro y plano que tenía en el regazo.

Spade se meció en su sillón y preguntó:

—Bien, ¿en qué puedo servirle, Miss Wonderly?

Ella contuvo la respiración, le miró, tragó saliva y dijo apresuradamente:

—¿Podría usted...? He pensado... Yo..., es decir...

Se mordisqueó el labio inferior con dientes brillantes y calló. Sólo los ojos oscuros hablaban ahora, suplicando.

Spade sonrió y asintió con la cabeza como si la comprendiera, pero placenteramente, cual si de nada grave se tratara, y dijo:

—¿Por qué no me lo cuenta todo, desde el principio, y entonces sabremos qué hay que hacer? Remóntese todo lo que pueda.

—Fue en Nueva York.

—Sí.

—No sé en dónde ella le conoció. Bueno, quiero decir en qué parte de Nueva York. Tiene cinco años menos que yo, sólo diecisiete, y no tenemos los mismos amigos. Nunca hemos tenido la intimidad que sería lógica entre dos hermanas. Mamá y papá están en Europa. Lo que ha ocurrido los mataría. Tengo que llevarla a casa antes que vuelvan.

—Sí —dijo él.

—Volverán el primero de mes.

—Bueno, entonces tenemos dos semanas —dijo Spade, y se le alegraron los ojos.

—Yo no sabía lo que había hecho hasta que llegó su carta. Me dejó destrozada.

Le temblaban los labios. Manoseaba el oscuro bolso que tenía sobre las piernas.

—Tuve demasiado miedo de que hubiese hecho algo así como para acudir a la policía, y al mismo tiempo, el temor de que le hubiera ocurrido algo me empujaba a hacerlo. No tenía a nadie a quien pedir consejo. No sabía qué hacer. ¿Qué podía hacer?

—Nada, evidentemente —dijo Spade—. ¿Y entonces llegó la carta?

—Sí, y le mandé un telegrama diciéndole que volviera a casa. Lo dirigí a la lista de Correos. Era la única dirección que me dio. Esperé una semana entera, pero no recibí respuesta; no supe ni una palabra más de ella. Y el

regreso de mamá y papá se acercaba. Le escribí que vendría aquí. Tal vez no debí hacerlo, ¿qué cree?

—Puede que no. No siempre es fácil saber qué hacer. ¿No la ha encontrado?

—No. Le escribí que iría al hotel St. Mark, y le supliqué que viniese a hablar conmigo, aunque no pensara regresar a casa conmigo. Pero no ha venido a verme. He esperado tres días y no ha aparecido, y ni siquiera me ha enviado un recado.

Spade movió su satánica cabeza rubia, frunció el ceño comprensivamente y apretó los labios.

—Ha sido horrible —dijo la muchacha, tratando de sonreír—. No podía quedarme sentada, esperando, sin saber qué le había ocurrido y qué le podía estar pasando —cesó en sus esfuerzos para sonreír. Se estremeció—. La única dirección que tenía de ella era la lista de Correos. Le escribí otra carta, y ayer por la tarde fui a Correos. Estuve allí hasta que oscureció, pero no la vi. Esta mañana he vuelto, pero tampoco vi a Corinne. A quien vi fue a Floyd Thursby.

Spade volvió a asentir con la cabeza. Desapareció el ceño fruncido. Ahora pareció prestar gran atención.

—No me quiso decir en dónde estaba Corinne —siguió diciendo, desesperanzadamente—. No quiso decirme nada, excepto que estaba bien y contenta. Pero ¿cómo lo voy a creer? Eso es lo que me diría en cualquier caso, ¿no?

—Claro —asintió Spade—. Pero pudiera ser verdad.

—Así lo espero. ¡Así lo espero! —exclamó—. Pero no puedo volverme a casa así, sin haberla visto, sin siquiera haber hablado con ella por teléfono. Floyd no me quiso

llevar a verla. Me dijo que no me quería ver. Eso no lo puedo creer. Me prometió que le diría a Corinne que me había visto y que la traería para que hablara conmigo, si ella quería, esta noche, en el hotel. Pero me dijo que sabía que no querría venir. En ese caso, me prometió que vendría él. El...

Se interrumpió y se llevó la mano a la boca con ademán de temor, cuando se abrió la puerta.

El hombre que había abierto la puerta dio un paso y dijo:

–¡Ah, perdón! –y quitándose el sombrero de color castaño comenzó a salir de espaldas.

–Está bien, Miles –le dijo Spade–. Pasa. Miss Wonderly, es mi socio, Mr. Archer.

Miles Archer volvió a entrar en el despacho. Cerró la puerta, inclinó la cabeza y sonrió a la muchacha, en tanto que hacía unas vagas florituras de cortesía con el sombrero. Era de estatura mediana, recio, ancho de hombros, grueso de cuello y de rostro colorado, jovial y prognático, con el pelo muy corto y ligeramente gris. Representaba más de cuarenta años, en igual medida que Spade parecía haber rebasado los treinta.

–La hermana de Miss Wonderly –dijo Spade– se ha escapado de casa, en Nueva York, con un sujeto llamado Floyd Thursby. Están aquí. Miss Wonderly ha visto a Thursby y tiene una cita con él esta noche en el hotel. Tal vez lleve consigo a su hermana, pero probablemente no lo hará. Miss Wonderly quiere que encontremos a su hermana, que la separemos de él y que la hagamos volver a casa. ¿No es así? –dijo mirando a la muchacha.

–Sí –dijo ella con voz poco clara.

El sonrojo que, poco a poco, las amables sonrisas, los movimientos de cabeza y las consoladoras afirmaciones de Spade habían hecho desaparecer comenzó de nuevo a colorear su rostro. Miró el bolso y lo punzó nerviosamente con un dedo.

Spade le hizo un guiño a su socio.

Archer avanzó unos pasos y se quedó de pie junto a una esquina de la mesa. Mientras la muchacha contemplaba el bolso, Miles la miraba a ella. Sus ojillos castaños fueron examinándola apreciativamente, desde la cara inclinada hasta los pies, y de vuelta hasta la cara. Miró entonces a Spade y le hizo un gesto de silbar con manifiesta aprobación.

Spade alzó dos dedos del brazo del sillón para hacer un fugaz ademán de advertencia, y dijo:

–No va a sernos difícil. Se trata, sencillamente, de mandar a un hombre esta noche al hotel para que siga a Thursby cuando se vaya, y que lo haga hasta que nos lleve adonde esté su hermana. Si ella va con él y usted la puede convencer de que vuelva a casa, tanto mejor. Si no, si ella no quiere dejarle después que la hayamos encontrado, bueno, ya encontraremos la manera de arreglarlo.

–Sí –dijo Archer. Tenía la voz bronca y ordinaria.

Miss Wonderly miró a Spade, rápidamente, frunciendo la frente entre las cejas:

–¡Oh, pero habrán de tener cuidado! –la voz le tembló ligeramente y los labios formaron las palabras con estremecimientos nerviosos–. Le tengo un miedo mortal, miedo de lo que pueda hacer. ¡Corinne es tan joven, y

traerla hasta aquí, desde Nueva York, es tan terrible!  
¿No creen que podría...? ¿No iré a... hacerle algo?

Spade sonrió y dio unas palmaditas sobre los brazos del sillón:

–Déjenoslo a nosotros –dijo–. Sabemos cómo entendernoslas con él.

–¿Pero no podría...? –insistió.

–Siempre es posible –dijo Spade moviendo la cabeza con aire judicial–. Pero puede usted confiar en que nos encargaremos de eso.

–Sí, sí, confío en ustedes –dijo sinceramente–, pero quiero que sepan que se trata de un hombre peligroso. Creo muy de veras que no se detendría ante nada. Creo que no dudaría en... matar a Corinne si creyera que con eso podía salvarse. ¿No podría hacerlo?

–Usted no le amenazó, ¿verdad?

–Le dije que lo único que quería es que Corinne volviera a casa antes del regreso de mamá y papá, para que nunca se enteraran de lo que había hecho. Le prometí no decirles una palabra si él me ayudaba; pero que si no lo hacía, papá se encargaría de que recibiera su merecido. Me parece que no me creyó del todo.

–¿Puede él arreglar las cosas casándose con ella? –preguntó Archer.

La muchacha se sonrojó y repuso con voz avergonzada:

–Tiene mujer y tres hijos en Inglaterra. Corinne me lo escribió, para explicarme que por eso se había escapado con él.

–Sí, suelen tenerlos –dijo Spade–, aunque no siempre en Inglaterra –e inclinándose hacia adelante para alcanzar un lápiz y un papel, añadió–: ¿Qué aspecto tiene él?

—Bueno, tiene quizá treinta y cinco años y es tan alto como usted. Es moreno naturalmente o está muy quemado por el sol. El pelo también lo tiene oscuro y tiene grandes las cejas. Habla bastante alto, como un fanfarrón, y sus movimientos son de hombre nervioso e irritable. Da impresión de ser... de violencia.

Spade estaba garrapateando sobre el bloque de notas y ahora preguntó sin alzar la vista:

—¿De qué color tiene los ojos?

—Entre grises y azules y lagrimosos, pero no de hombre débil. Y... ¡ah!, tiene un hoyo muy pronunciado en la barbilla.

—¿Delgado, regular o gordo?

—Parece un atleta. Tiene hombros anchos y camina muy derecho. Tiene un porte que pudiera decirse que es marcadamente militar. Cuando le vi esta mañana llevaba un traje gris claro y un sombrero también gris.

—¿Cómo se gana la vida? —preguntó Spade soltando el lápiz.

—No lo sé. No tengo la más remota idea —dijo ella.

—¿A qué hora tienen la cita?

—Después de las ocho.

—Perfectamente, señorita, tendremos un hombre allí a esa hora. Sería bueno que...

—Mr. Spade, ¿podría usted o Mr. Archer...? —preguntó haciendo un ademán de súplica con las manos—. ¿No podría uno de ustedes dos encargarse de ello personalmente? No es que crea que otro hombre que ustedes pudieran mandar fuera incompetente, pero, ¡tengo tanto miedo de lo que pueda ocurrir a Corinne! Le tengo miedo a él. ¿No podrían ustedes? Claro, comprendo que

tendría que pagar más –abrió el bolso con dedos nerviosos y puso dos billetes de cien dólares sobre la mesa–. ¿Bastará con eso?

–Sí –dijo Archer–. Yo mismo me encargaré del asunto.

La muchacha se puso de pie impulsivamente y le ofreció la mano:

–¡Gracias, gracias! –exclamó, y luego le dio la mano a Spade repitiendo–: ¡Muchas gracias!

–De nada –dijo Spade inclinándose sobre la mano–. Es un placer. Nos facilitaría el trabajo que usted se encontrara con Thursby abajo, o que se dejara ver con él en el vestíbulo un momento.

–Así lo haré –prometió; y les dio las gracias a los dos socios una vez más.

–Y no trate de buscarme –le advirtió Archer–. Descuide, que ya la veré yo a usted.

Spade acompañó a la muchacha hasta la puerta del pasillo. Cuando volvió junto a su mesa, Archer indicó con un gesto los billetes de cien dólares y dejó oír un ruido de satisfacción.

–Son buenos –dijo. Cogió uno de ellos, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo del chaleco, añadiendo–: Y había hermanos gemelos en el bolso.

Spade se guardó el otro billete antes de sentarse y entonces dijo:

–Bueno, no la vayas a apretar demasiado. ¿Qué te parece?

–¡Preciosa! ¡Que no la apriete! –dijo con una risotada repentina carente de alegría–. Puede que tú la vieras antes que yo, Sam; pero fui yo quien habló primero.

Archer se metió las manos en los bolsillos del pantalón y comenzó a columpiarse sobre los talones.

–Lo pasarás muy bien con ella, seguro –contestó Spade sonriendo rijosamente y dejando ver la punta de los colmillos–. Tienes talento. Seguro que lo tienes.

Y comenzó a liar un cigarrillo.

## 2. Muerte en la niebla

En la oscuridad sonó el timbre de un teléfono. Después de que hubo sonado tres veces, se oyó el chirrido de los muelles de una cama, unos dedos palparon sobre la madera, algo pequeño y duro cayó con ruido sordo sobre la alfombra, los muelles chirriaron nuevamente, y una voz de hombre exclamó:

—¿Diga?... Sí, yo soy... ¿Muerto?... Sí... En quince minutos. Gracias.

Sonó el ruidillo de un interruptor, y la luz de un globo que colgaba del techo, sostenido por tres cadenas doradas, inundó el cuarto. Spade, descalzo y con un pijama a cuadros verdes y blancos, se sentó sobre el borde de la cama. Miró malhumoradamente al teléfono que había en la mesilla mientras sus manos cogían un estuche de papel de fumar color chocolate y una bolsa de tabaco Bull Durham.

Un aire frío y mojado entraba por dos ventanas abiertas, trayendo consigo el bramido de la sirena contra la

niebla de Alcatraz, media docena de veces por minuto. Un despertador de ruín metal, con inseguro acomodo sobre una esquina de *Casos criminales famosos de los Estados Unidos*, de Duke, boca abajo, marcaba las dos y cinco.

Los gruesos dedos de Spade liaron con calmosa minuciosidad un cigarrillo, echando la justa medida de hebras morenas sobre el papel combado, extendiendo las hebras por igual en los extremos y dejando una ligera depresión en el centro, haciendo que los pulgares condujeran con movimiento rotatorio el filo interior del papel hacia arriba y luego lo pasaran por debajo del borde superior, en tanto que los demás dedos ejercían presión para, luego, junto con los pulgares, deslizarse hasta las puntas del cilindro de papel y sujetarlas, mientras la lengua humedecía el borde, al tiempo que el índice y el pulgar de la mano izquierda pellizcaban el extremo a su cuidado y los dedos correspondientes de la mano derecha alisaban la húmeda juntura, tras lo que el índice y el pulgar derecho retorcieron la punta que les correspondía y llevaron el cigarrillo hasta la boca de Spade.

Spade cogió el encendedor de piel de cerdo y níquel que se había caído al suelo, lo hizo funcionar y se puso en pie, con el cigarrillo en una esquina de la boca. Se quitó el pijama. La suave gordura de brazos, piernas y torso, la caída de los hombros poderosos y redondeados, daban a su cuerpo el aspecto del de un oso. De un oso afeitado: no crecía vello en el pecho. Tenía la piel suave y rosada de un niño chico.

Se rascó la nuca y comenzó a vestirse. Se puso una combinación de camiseta y calzoncillos, calcetines gri-

ses, ligas negras y zapatos color de cuero oscuro. Así que se hubo atado los zapatos, cogió el teléfono, llamó al 4500 de Graystone y pidió un taxi. Se puso luego una camisa blanca con rayas verdes, un blanco cuello blando, una corbata verde, el traje gris que había llevado durante el día, un amplio abrigo de tela esponjosa y un sombrero color gris oscuro. En el momento en que se metía en el bolsillo el tabaco, las llaves y el dinero, sonó el timbre de la puerta.

En el lugar donde la Bush Street sirve de techumbre a la Stockton, antes de bajar hacia el Barrio Chino, Spade pagó y despidió el taxi. La niebla nocturna de San Francisco, sutil, pegajosa y penetrante, esfuminaba la calle. A unas yardas de distancia de donde Spade había despedido el taxi, un pequeño grupo de hombres miraba hacia un callejón. Dos mujeres y un hombre estaban parados en la otra acera de Bush Street, mirando también hacia el callejón. Se veían caras en las ventanas.

Spade cruzó la acera sorteando las entradas enrejadas que se abrían sobre escaleras ruines y desnudas, llegó hasta el pretil y, apoyando las manos sobre el húmedo cablete, miró hacia abajo, a la Stockton Street.

Del túnel que tenía a sus pies surgió repentinamente un automóvil, cual ráfaga estruendosa, como si le hubieran disparado, y se alejó veloz. Cerca de la boca del túnel había un hombre hecho un burujo sobre los talones, ante un cartel que anunciaba una película y una marca de gasolina, en el hueco que quedaba entre las casas de dos pisos. El hombre estaba doblado casi hasta

el suelo para poder mirar por debajo de la cartelera. Una mano abierta puesta sobre la acera y otra que se agarraba al bastidor verde del anuncio le mantenían en tan grotesca postura. Otros dos hombres estaban de pie, juntos, en postura forzada, en un extremo del cartel, ojeando por la angostura de pocas pulgadas que quedaba entre el anuncio y el edificio contiguo. La casa del otro lado tenía un muro lateral, gris y sin ventanas que daba al solar de detrás del anuncio. Unas luces parpadeaban en la acera, y unas sombras humanas se movían entre ellas.

Spade dejó el pretil y echó a andar Bush Street arriba, hacia el callejón en donde estaba el grupo. Un policía uniformado, que mascaba goma debajo de una placa esmaltada en la que se leía «Burritt Street» en letras blancas sobre un fondo azul oscuro, extendió el brazo y preguntó:

–¿Qué busca usted aquí?

–Soy Sam Spade. Tom Polhaus me ha llamado por teléfono.

–¡Claro que es usted Spade! –dijo el guardia bajando el brazo–. Así, de golpe, no le reconocí. Bueno, pues allí los tiene usted –añadió señalando con rápido ademán con el pulgar–. Mal asunto.

–Sí que es malo –dijo Spade al mismo tiempo que echaba a andar por el callejón.

A medio camino, no lejos de la boca del callejón, estaba parada una ambulancia de color oscuro. Al otro lado de la ambulancia, a la izquierda, el callejón acababa en una valla, formada por listones horizontales sin cepillar, que llegaba hasta la cintura. El callejón descendía en